

Diario

de Saint Orlando Louis

59 poemas de desamor y una canción esperanzada

ORLANDO LUIS PARDO LAZO



Edición: Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Imágenes de cubierta e interiores: OLPL
© Orlando Luis Pardo Lazo, 2022
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2022

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

*Los poetas nunca escriben la verdad.
Ni la Biblia, ni los diarios.*

25 MIL MENTIRAS SOBRE LA VERDAD
Carlos Varela

1. GUSANOS

Día uno en la ciudad, día uno en el cementerio.

Lo primero de Saint Louis que te explota en plena cara son los gusanos. Lombrices de tierra, retorcidas y calcinadas. Lombrices en los jardines, en las aceras, en la vía pública segregada o en trance de gentrificación.

Es el fin de la justicia social. Es el inicio de la helmintología de izquierdas.

Gusanos cadáveres, lombrices fósiles que minutos antes comían y cagaban tierra, para mayor fertilidad del planeta. Gusanos de tierra, hechos ahora literalmente tierra. *Worm thou art, to worm returnest.*

La poesía sabrosa, como la soñó Martí. Según la citaba otro José, en una guagua lezamiana paradisiaca. Estoy hecho un místico de mierda. Soy una casa de citas ambulante. Un parodiador de pacotilla, un doctor en facilismos filosóficos.

Pero un cubano no puede evitar darse cuenta enseguida de lo que pasa. Basta con su primer paso en Saint Louis. Ni siquiera tienen que levantar la cabeza, lo que sería mucho pedirles. Al contrario,

hay que bajarla y bien bajada. Y ahí está, de pronto, espléndido, explayado. El mapamundi moribundo de las lombrices. La geografía para nada grosera de los gusanos. Cocina al minuto, a ras de la acera.

Al parecer, se están extinguiendo. El verano del Mid-West les ha robado toda vida privada. El sol sin sentido del medio-oeste norteamericano las está sazonzando. Suaves y bajitas de sal. En el cabrón corazón del corazón encabronado de este país. Sin paisaje y sin paisanos.

En pocas semanas no quedará ni una sola lombriz. Si esto fuera una novela realista en lugar de un diario delirante, su título tendría que haber sido *The Worm Flight*. Si acaso, *I Know Why the Caged Worm Sings*.

Primero los blancos, luego los gusanos. Todos se fueron de mi ciudad homónima. Y, nosotros, como si la cosa no fuera con nosotros. Gozando el capitalismo en los tiempos terminales de Donald Trump. Esperando al próximo *impeachment* y compartiendo en redes la siguiente insurrección.

Y, mientras tanto, allá lejos, allá cerca, en los montes verdes, al sur de Miami o la Meca del Mercado Libre, en nuestra Isla de la Libertad seguimos gusaneando en el arte de la espera.

En pocos meses, yo ya no seré el mismo, pero esta tarde todavía lo ignoro. Semanas más o semanas

menos, me habré convertido en un zombi blanco. Esquivando la justicia social y extasiado con el lombricerío luctuoso de Saint Louis, la ciudad que sin querer lleva mi nombre. O yo el de ella. Somos tal para cual. Como una lápida, un epitafio, una coda. Anélicos Anónimos, SA.

Ah, arrastrarse es un placer. Arrastrándome espero la patria que no quiero.

Pasa un carro de policía. Parece un tanque de guerra.

Pasan dos universitarias asiáticas haciendo *jogging*. Perfectas para que cualquier pervertido las acuse de propagar pandemias y, de paso, las invite a su página privada de pornografía amateur.

Pasa un negro formidable con un cartelón. Pide dinero. Se lo niego. No hay *cash* para nadie, *bro*. Tienes que joderte conmigo, como otros me jodieron a mí. Catalina de la reciprocidad comercial. Náusea y defecto.

El tipo carece de dientes y no lo disimula. Al contrario, se ríe. Mendiga a carcajadas. Detrás de él, también mendiga un veterano rubio. Pero muy solemne, como medio asustado de su condición. Ese blanco debe de haber visto la muerte muy de cerca. Tal vez, él mismo ha de ser la muerte masiva de sus contemporáneos, cuando, colimados entre Twitter

y la NRA, los nervios le exploten en una ráfaga de su fusil de asalto semiautomático.

Por el momento, los tres compartimos el mismo privilegio en la calle. Somos tres tristes tigres, sobrevivientes bajo el semáforo de Skinker y Forest Park. Todavía nos resistimos a sucumbir. No queremos ser mansos gusanos. *No worm, no cry*. El otoño de 2016 se va a quedar con las ganas de vernos retorcidos y calcinados. Aquí seguimos de pie, sin cara, bajo el sol septentrional del verano indio.

Con el paso de los años, ese ciudadano de color, al margen de cualquier ciudadanía, será el único ser humano que yo recuerde haber visto reír de verdad, de costa a costa de los Estados Unidos. Reír sin esa diplomacia tan desarrollada que nos enfría el alma, a nativos y a inmigrantes por igual. Reír sin esa norteamericanidad solemne y solvente, suicida. Concluyo que ser rubio es no saber reír. La blanquitud es una cosa muy seria.

De colofón, pasa un batallón sinfónico de murciélagos. Vuelan a ciegas, a la hora sin tiempo en que por fin la noche refresca los jardines, los parterres, las aceras, las mansiones hechas a golpe de “dinero viejo”, y la vía pública por donde quien pasa cabizbajo ahora soy yo.

Un fantasma que recorre desde la University City hasta el Central West End de Saint Orlando Louis.

Llego a casa caminando desde la universidad, evitando puntualmente pisar los gusanos. Los perdedores no podemos aplastar a los que ya perdieron. Y aquí cuando digo “a casa”, ustedes, los cubanos, entienden mejor que nadie la carencia que les intento comunicar. Contagiar.



2. LA BAHÍA DE SAINT LOUIS

A esta ciudad le falta el mar. Es decir, a esta ciudad le falta aire respirable.

Saint Louis no tiene horizonte. Es tierra por los cuatro costados. Y un par de ríos zigzagueantes, que son el mismo río, los dos llenos de lodo y peces fríos. Para colmo, con tiburones de agua dulce,

como si fueran importados de un lago de Nicaragua. Y, de algún modo, lo son. Aquí no hay nadie que no se declare inmigrante por convicción. Esos dos ríos, por cierto, fueron canonizados durante siglos por la gran literatura norteamericana, el 99.9% de la cual hoy sería fácilmente censurada, incluso antes de publicarse.

Tal vez se lo tenga bien merecido.

Primero, porque intentar inmortalizar al Missouri y al Mississippi es un crimen de lesa originalidad. A uno y otro lado del Arco de Saint Louis, aquí no hay geografía que valga la pena legítimar. Se trata de una ciudad de paso, de un puerto en la ruta hacia el lejano oeste. Pero un puerto sin puerto. Sin siquiera una esquina de mar, mucho menos un recodo de océano. Y, por supuesto, sin bahía donde recalar.

Y, segundo, porque la literatura norteamericana ha aceptado cómplicemente convertirse en el más punible delito federal.

Escribir es un acto de privilegio. Sólo por eso es que aún no he renunciado a ese acto. Yo escribo porque no debiera escribirse lo que yo escribo. Escribo para ser excretado. Punto y apártense.

Aunque a veces también, lo reconozco, cuando me siento un poco niño extraviado, escribo para compensar esa ausencia de mar. Para no crearme

del todo la carencia crónica de aire respirable. Para no asfixiarme al verme rodeado de un horizonte sin historia.

Ciudad por los cuatro costados, constreñida por ese par de ríos aguachentos que son uno solo, cuyas conssonnannttes repetidas mi padre me enseñó a deletrear en Cuba, en una infancia imaginaria insufriblemente feliz.



3. TITRANDI TÁR

Llegué a finales de agosto. El sol rajaba las autopistas interestatales. La yerba mala crecía a su gusto en los jardines de las casas. El norteamericano promedio se había cansado del ciclo de las estaciones. Las fachadas lucían feas, abandonadas.

Como la ciudad. Como el país. Sólo la universidad resistía.

Aparentemente.

Yo venía de Islandia. Es decir, yo venía de mi infancia. Porque de niño yo había soñado con esa palabra, *Reykjavík*, impresa de lado a lado de la página central de una revista extranjera multicolor, importada quién sabe cómo a La Habana de la prensa monocromática. Y Reykjavík era una ciudad en Islandia. De hecho, su capital. Y en el otoño de 2015, hasta Reykjavík me llevó el azar temprano de mi exilio o acaso la mano tardía de Dios.

Estuve un año entero dándole vueltas a la islita que roza, como una amante muda, el círculo polar ártico. Manejé sin licencia por la única carretera que bordea la costa de Islandia. El carro iba a ratos a favor y a ratos en contra de las manecillas del reloj, pero siempre fuera del tiempo. Carrocería cargada del futuro que fue mi vida en los años setenta del siglo veinte.

Visité los parajes prehistóricos que ya pensaba olvidados en mi cabeza de habitante de Lawton, un barrio en las afueras de La Habana, una ciudad en las afueras de la historia. En todo reparaba, sin detener el auto de alquiler. No era necesario ningún ritual. Bastaba con seguir de largo, sabiéndome presente, mientras le decía *adiós y gracias* a mi

padre, el hombre que me tradujo de niño esa palabra, *Reykjavík*. Ese desconocido ser humano me garantizó que había vida inteligente más allá de nuestra Cuba del alma. Y, sobre todo, sin pronunciarlo en voz alta, me dejó inferir que existía una sobrevida a la Revolución Cubana.

El aire de Islandia era transparente y de horizonte cercano, debido la estrechez del planeta en latitudes tan altas. No había árboles, ni hierba. Sólo líquenes y lava volcánica. Y aguas subterráneas en ebullición. Y fallas tectónicas, donde chocaron o se desprendieron Europa y América, en medio del Océano Atlántico.

No besé a ninguna islandesa.

El aire de Saint Louis, por el contrario, era pastoso y sobrecargado de redes sociales. Miedo, inseguridad, complejos de género y raza. Clima de denuncia, vandalismo de vecinos, violencia policial. Titulares aterradores. Estadísticas de espanto. Desde que aterricé, me di cuenta que había cometido un error irreparable. Había traicionado a mi padre.

Bueno, tampoco era tan importante.

Yo quería tener un pasaporte norteamericano. Y me faltaban todavía un par de años para lograrlo. Por eso regresé a los Estados Unidos. Porque, después de medio siglo de embargo o como prefieran

llamarle, el gobierno de los Estados Unidos tenía una deuda personal que repararme. Me debían mi libertad, en este país y en toda la Tierra. Ya era hora. Y yo venía dispuesto a arrebatársela a ellos por la fuerza esa libertad que los cubanos nos habíamos arrebatado a los cubanos.

Repito, tampoco es que fuera tan importante.

En cualquier caso, Islandia podía esperar, florecita que suspira mil años, antes de desvanecerse a mitad de una lágrima, o como quiera que se traduzca *eitt eilífðar smáblóm með titrandi tár...* Pero yo, no. Yo me desesperaba. Porque se me había ido la vida como rehén de la Revolución y ahora la rabia me estaba matando.

Entonces, los Estados Unidos tendrían que pagar esa estafa.

El mes de agosto remataba sus días de manera calcinante. El sol me daba cefalea, incluso a la sombra. El nivel de radiación era igual que en La Habana, inhumano. Y el aire olía a asfalto derretido, a vísceras de gusano caído en combate, entre las aceras sin peatones y la yerba mala rebosante, de mansión esclavista en mansión esclava.

El norteamericano promedio estaba exhausto.

Tanto esperar por la democracia y, total, para qué.

Mejor ni pensar en eso. Entré a la universidad. Me senté en un pupitre, extrañando mi pañoleta de pionerito puntual.

El primer día de clase, fuera en 2016 o en 1976, la maestra de mi nueva escuelita primaria, una especie de Nguyen van Troi, pero privada, millonaria, nos dijo como bienvenida:

—*I hope you all had a good time home.*

Ella esperaba que todos sus alumnos la hubieran pasado bien en sus respectivos hogares. Obviamente, allí todos venían de disfrutar sus vacaciones en casa. Tal vez, yo también venía de una casa flotante llamada Islandia.

Fuera lo que fuera, su frase me repercutió, sin avisarlo, a mitad del pecho. Y tuve que pedir permiso y salir como si estuviera desesperado por ir al baño.

Y lo estaba. Por primera vez en toda mi vida, me dejé caer sin escrúpulos sobre la taza de un baño público. Bajé la cabeza. Y lloré. Y seguí llorando.

Al intelectual cubano de las mil y una noches dando batalla por escrito en contra de la Revolución Cubana, al provocador textrrorista del blog *Lunes de Post-Revolución*, de pronto, patéticamente, una frasecita en lengua foránea lo había convertido

en una flor que hacía pucheros que no tenían para cuando acabar, al estilo de *Íslands þúsund ár*.

4. THE CRUEL-LESS MONTH

En abril de 1980 murieron Jean Paul Sartre y Alejo Carpentier, mientras más de cien mil cubanos se lanzaban sobre los yates que llegaban a Cuba desde Miami, con tal de escapar de la Utopía que ambos intelectuales tanto idolatraban.

Otros cien mil cubanos se quedarían con las ganas, en simulación y silencio sumidos, haciendo trabajo voluntario cada domingo rojo, como Dios y el Estado mandan, hasta que por fin se cayera en paz y amor el Muro de Berlín, en Europa o en alguna distopía contrarrevolucionaria de ciencia ficción, tal vez firmada por un F. Mond del exilio.

Pienso en todo esto mientras camino y camino entre los anaqueles del segundo sótano de Olin Library, la biblioteca de mi universidad. Es octubre. Es el otoño del medio oeste norteamericano. Y, con las hojas consumidas por el fuego de la clorofila cadáver, la realidad arrasada de Saint Louis vuelve a hacerse un poco más respirable.

Me paro frente a la sección de libros *Cuba en Revolución*. Es enorme. Mi mundo entero está

contenido ahí. Me la conozco al dedillo. Mis lecturas de amor y odio, mis memorias de novias y delatores. No hay un solo autor o título que me sea ajeno. Cuba soy yo, compañeras y compañeros. Nada de lo que se haya escrito para el resto de los anaqueles me interesa. No hay tema humano que no sea exclusivamente cubano. Tal vez, también al revés. Cuba sin mí no existiría. Cuba requiere de un desaparecido llamado Orlando Luis Pardo Lazo para no desaparecer ella. Es así. Tu opinión al respecto no importa. Soy el primero y el último de los nacionalistas cubanos, aunque no sepa bien de cuál anagrama de siglo, el XIX o el XXI.

A mi alrededor, cuento los cubículos de estudio donde no se puede alzar la voz. Veo estudianticos llegados a Missouri desde los cuatro puntos cardinales, que son tres: el Norte y el Sur.

Aprender en silencio me parece una atrocidad. Yo me pondría a dar gritos de portada en contraportada, alaridos de animal literario parado en dos patas sobre las mesas, mordisqueando la celulosa para saborear lo que los muertos miraron milenios antes de mí. Ciertamente, debo parecer un insurreccionista adelantado, en este otoño en que Hillary Clinton iba a perder otra vez las elecciones, ahora no contra Barack Obama sino contra Donald Trump.

Por algún motivo, en uno de los estantes, Sartre y Carpentier han sido mal colocados, cortejando un

volumen de testimonios sobre el éxodo del Mariel. “Testimonio” es un término inventado por mí. No pueden dar testimonio los ingratos que abandonan la utopía de los trabajadores, para después hacerse cómplice de los dueños que los contratan. El testimonio es propiedad privada de los que están en contra de la propiedad privada. Tal vez Sartre y Carpentier no estén tan mal colocados, después de todo. Están ahí para custodiar a los parias del Mariel. Son soldados de papel, para que ningún marielito de mierda vaya a escaparse de nuevo y contaminar al resto de la sección *Cuba en Revolución*.

A veces, trasmito videos en directo para mi Facebook desde este sótano sagrado. Trato de reclutar a más cubanos para la causa de una Cuba sin Revolución. Una causa perdida, por supuesto. Por eso es que me interesa. La Revolución Cubana nos constituye. A estas alturas de la historia, ya no hay historia sin Revolución Cubana.

A los cubanos sólo nos queda roer los bordes. Pervertir los detalles, sin hacernos notar demasiado. Borrar un dato, escamotear un nombre. Por eso, a veces, poniéndome de espalda a la cámara de seguridad con que la universidad me vigila, arranco un par de páginas de un libro importante y me las como. Quiero decir, me las meto en la boca, sin tragarlas, para sacarlas a escondidas de la biblioteca y luego llevármelas a casa.

Allí, en mi estudio de alquiler, con todas las utilidades incluidas en la renta de Byron Company, tengo un pequeño archivo arrugado por mi propia saliva. Lo conservo, lo atesoro. Son las páginas perdidas de una biografía colectiva que ya no le interesa a ninguno de los cubanos. Excepto a mí.

Yo estoy condenado a recordarla. Y a recordársela al resto de los cubanos. En la práctica, soy el bibliotecario perverso de una cubanidad Made in Olin. Una enfermedad endémica llamada país. Un fundamentalismo fósil. Insulsa ilusión de Isla.

Sin estas páginas canibalizadas a una universidad de la gran unión confederada, mi exilio dejaría de existir. Este robo institucional son mis estatuas tumbadas. No tanto mi venganza, como mi bondad. Mi bunker vandálico de la verdad. *Wunderkammer* de los perdedores. Cámara de gas para iluminar a los cubanos del primer centenario de la Revolución Cubana. Espérenme el primero de enero de 2059.

Octubre es, por lo demás, un mes muy noble. Las hojas muertas caen inflamadas de un índigo insustituible. Mezclando memoria y maldad, deseo y debacle, raíces retóricas y resentimiento radical. En verdad os digo, soy un privilegiado apátrida, a la hora de perpetrar palabras que ni tú ni nadie podrían paladear. Mucho menos, aplacar.

Cubansummatum est.

ÍNDICE

1. Gusanos / 9
2. La bahía de Saint Louis / 13
3. Titrandi tár / 15
4. The cruel-less month / 20
5. Noviembre necro / 24
6. Días diez de diciembre / 28
7. Navidades en ciudad ajena / 31
8. Puentes de hidrógeno / 35
9. Iris / 39
10. Fahrenheit menos 451 / 43
11. 31 de febrero / 47
12. Tin tin, la lluvia cayó / 50
13. Trapito / 52
14. Redes / 56
15. +53 / 57
16. Nocturno de Diario / 60
17. [gəʊst] / 65
18. Historias de hoteles / 78
19. Marzo y Maité / 85

20. Enlaces rotos / 89
21. Eli / 94
22. Tarjas y ventanas / 98
23. Ché / 104
24. Domingos en la distancia / 107
25. Los cipreses no creen en Dios / 111
26. El examinador / 117
27. H-7-25 / 121
28. Covid-21 / 124
29. Peones / 128
30. Sincronía toilet / 133
31. La jirafa como criterio de la verdad / 135
32. Noches en que Cuba no existió / 138
33. Uber Cuba / 141
34. Veertigo y nausea en STL / 144
35. Radio Enciclopedia / 146
36. MetroLink / 149
37. Scooters Anónimos / 154
38. El guardaparques de la Revolución / 157
39. La traducción es mía / 159
40. Habanaless / 161
41. Terceras partes nunca fueron qué / 167
42. OLPL Talks / 169

43. A falta de Isla, Icaria / 174
44. 4 de Julio / 177
45. Ali / 184
46. Ipatría / 188
47. Orlando Manostijeras / 193
48. Nefelíbata / 197
49. 11 de Júbilo / 200
50. La Cuba de Rande / 207
51. Pruitt-Alamar-Igoe / 211
52. El fatídico 222 / 215
53. Daisy, después / 218
54. Jobs & jabs / 224
55. Coda / 227
56. Buba, Boris, Julio Alberto y otros
chicos del montón / 229
57. Panteras pardas / 233
58. Nadar desnudos / 238
59. Poema de desamor / 241
60. Canción esperanzada / 242